

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS*

LA GOLETA ANCUD. Por Abel Macías Gómez. Edición del autor. Frutillar 1999. 13,5 x 19,5 cms. 227 páginas. Ilustraciones. Crónica somera sobre los antecedentes de la ocupación chilena de la región del estrecho de Magallanes en 1843 y sobre la participación que en la misma cupo a la goleta nacional *Ancud*.

LOS SÉLKNAM, AUSENCIAS Y PRESENCIAS. Por Oscar Domingo Gutiérrez. Edición del autor. Punta Arenas, 1999. 19 x 26 cms. 108 páginas. Ilustraciones. Presentación de una serie de testimonios orales referidos a los últimos indígenas sélknam del territorio argentino de la Tierra del Fuego.

PATAGONIA. TIERRA MÁGICA PARA VIAJEROS Y ALPINISTAS. Por Gino Buscaini y Silvia Metzeltin. Desnivel Ediciones. Barcelona, 2000. 17 x 23,5 cms. 304 páginas. Ilustraciones y mapas. Primera edición en castellano, que corresponde a la tercera de la obra editada originalmente en italiano en 1987 y reeditada (ampliada y revisada) en 1998. Obra interesantísima y de lectura recomendada (ver *Anales del Instituto de la Patagonia*, vols. 26 (1998) y 27 (1999)).

LA RADIOTELEFONÍA EN MAGALLANES. Por Nelson Toledo. Edición del autor. Punta Arenas, 2000. 18 x 23 cms. 134 páginas. Ilustraciones. Crónica referida a la actividad radial en Magallanes desde sus inicios en la década de 1930 hasta el presente.

CRÓNICAS DEL FIN DEL MUNDO. Por Enrique Campos Menéndez. Ediciones "La Prensa Austral". Punta Arenas, 2001. 16 x 21 cms. Ilustraciones. Corresponde a la entrega en un solo volumen de una serie de comentarios publicados por el autor sobre diferentes temas magallánicos.

ÚLTIMA ESPERANZA EN EL TIEMPO. Por Mateo Martinic B. Ediciones de la Universidad de Magallanes (Segunda Edición). Punta Arenas, 2000. 323 páginas. Ilustraciones y mapas. reedición de la obra originalmente publicada en 1985 (véase *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 16, 1985-86), ahora revisada y corregida, principalmente en lo que dice con la exposición referida al poblamiento primitivo del territorio, gracias a la información aportada por los trabajos arqueológicos desarrollados a contar de 1990, y, además, ampliada con la relación de los acontecimientos históricos recientes.

CALETA TORTEL Y SU ISLA DE LOS MUERTOS. Por Danka Ivanoff Wellmann. Ilustre Municipalidad de Caleta Tortel, XI Región de Aisén - Patagonia Chilena. Chile Chico, 2000. 101 páginas. Ilustraciones y mapas. Durante la fase inicial de la colonización en el distrito del Baker, Región de Aisén, en 1906 tuvo ocurrencia un suceso lamentable como fue el fallecimiento de varias decenas de trabajadores pertenecientes a la Compañía Explotadora del Baker, en un lapso breve mientras se encontraban en el puerto de Bajo Pisagua aguardando por su traslado hacia Chiloé y Puerto Montt. Las circunstancias del deceso masivo y rápido de una cantidad de personas nunca se aclararon satisfactoriamente y ha sido así como la tradición a lo largo de todo el siglo XX recogió distintas versiones que buscaban explicar el trágico acontecimiento, que iban desde una epidemia de escor-

* Sección destinada a informar o comentar únicamente obras relacionadas con la Patagonia, Tierra del Fuego y regiones adyacentes.

buto hasta un asesinato masivo planeado por agentes de la compañía colonizadora (véase el artículo "Isla de los Muertos. Mito y realidad", *Anales Instituto de la Patagonia*, Ciencias Humanas, volumen 28, Punta Arenas, 2000). En la obra de que se da cuenta, la autora que es una conocida investigadora radicada en Chile Chico, hace un recuento de los sucesos conocidos, sobre la base de antecedentes publicados e inéditos, estos de valor evidentemente aclaratorio. Se trata principalmente de una extensa relación escrita por William Norris quien se desempeñó en la época de que se trata como capataz de la Compañía del Baker, antecedente que a su fallecimiento quedó en poder de sus descendientes y de quienes lo obtuvo la autora. Así, creemos, es posible poner punto final a una controversia histórica con una contribución muy importante. Una más de una promisoría historiadora local que se ha venido ocupando acerca de distintos acontecimientos acaecidos en la sección meridional de la Región de Aisén (Provincia General Carrera), en las etapas iniciales de la ocupación colonizadora.

Mateo Martinic B.

SEIS CABALLOS Y UN WINCHESTER (RECUERDOS DE LAS ESTANCIAS MAGALLÁNICAS). Por Roberto Trincado Allembech. Edición del autor. Santiago, 2000. 12,5 x 18 cms. 187 páginas. Ilustraciones. La región magallánica, es bien sabido, conforma un mosaico geográfico en el que se conjugan los elementos más variados y contrapuestos, en una ruda y abismante naturaleza. Planicies inmensas con sensación de infinitud, montañas de formas colosales y alturas de vértigo que son una expresión sorprendente de la arquitectura andina, archipiélagos dominados por la bruma eterna y campos de hielo con reminiscencias de antiguos tiempos geológicos. Un clima inestable y variable, donde señorea omnipresente el viento. Paisajes de inigualable grandeza y belleza, en fin; todo ello expresando en su conjunto una fuerza telúrica que acaba calando en lo profundo de sus habitantes, sean originarios o venidos de afuera y aquerenciados con la tierra patagónica.

Roberto Trincado es -o fue- de estos últimos. Hace medio siglo llegó muy joven a Magallanes desde la zona central de Chile, con la ilusión de un trabajo que le daría contenido a su vida. Se incorporó entonces como "cadete de estancia" al calificado equipo administrativo con el que la entonces poderosa Sociedad Explotadora de Tierra

del Fuego, la mayor tenedora y propietaria de campos de la Patagonia Austral, manejaba técnicamente sus establecimientos de crianza ovina. Inició así una carrera funcionaria que le llevó desde aquel modesto nivel de principiante hasta, al cabo de años de exigente aprendizaje y experiencias, la máxima posición jerárquica del escalafón ejecutivo como era la de "administrador de estancia".

Fue durante el transcurso de ese largo trayecto laboral que Roberto Trincado pudo observar, comprender, admirar y valorar las distintas manifestaciones de la naturaleza magallánica, rigurosa y vital, conviviendo íntimamente con sus gentes, y adquiriendo una suma de conocimientos sobre el territorio como pocos podían hacerlo.

Al fin, tras años de servicio meritorio en los campos, fue llamado al ejercicio eficiente de la Gobernación de Última Esperanza durante los años finales de la progresista administración del Presidente Eduardo Frei Montalva. Roberto Trincado vio después llegado el tiempo de retornar a sus lares originarios. Allí comenzó y ha transcurrido hasta el presente una etapa de su vida dedicada a la faena agrícola-ganadera y a su familia, lo que le ha dado satisfacciones, sosiego espiritual y tranquilidad.

Pero allí también paulatinamente fue acrecentándose en él el recuerdo imborrable de su Patagonia lejana, fuerte y bravía, de aquel amplio y singular mundo meridional, que había conocido tan a fondo y que lleva muy dentro en el alma, manifestándose en un sentimiento de afecto, agrado y nostalgia del que ya no podrá librarse.

Así entonces fue sintiendo la necesidad de dejar testimonio de aquellas vivencias patagónicas y comenzó a escribir, volcando en cuartillas esos recuerdos. Más allá del administrador de grandes estancias o del activo gobernador, ha surgido así un "nuevo" Roberto Trincado, cuya vocación literaria nos sorprende tan gratamente.

En el libro, que es el fruto de su inquietud, *Seis Caballos y un Winchester*, se relatan con riqueza descriptiva, con propiedad de conocimientos y con amenidad, sucesos variopintos acontecidos en las grandes estancias magallánicas de antaño.

En el contenido de la obra todo gusta: los recuerdos elegidos, quizá entre cuantos; la forma de relatarlos, sencilla, atrayente, hermosa y plástica (porque a veces pinta con las palabras), no cansadora, vivaz, en fin. De todas las descripciones nos quedamos con las dedicadas al puma, al caballo "Roncador" y el trozo aquel referido a la fogata y su encanto...

El libro, aparte de su indudable valor literario, conforma un aporte historiográfico, que ilustra con objetiva fidelidad sobre personajes, situaciones, hábitos y otros aspectos de la vida rural magallánica en los grandes establecimientos ganaderos que hoy ya no existen, y cuyo funcionamiento marcó una etapa sobresaliente, prolongada y rica de la ganadería patagónica.

Debe celebrarse, pues, por partida doble la obra escrita con la que Roberto Trincado se incorpora con mérito al nutrido cuerpo literario magallánico, expresivo fruto espiritual de la indisoluble unión de un hombre con la ruda pero amada tierra austral.

Mateo Martinic B.

DEL MAR DEL NORTE AL MAR DEL SUR. NAVEGANTES BRITÁNICOS Y HOLANDESES EN EL PACÍFICO SURORIENTAL 1570-1807. Por Hamish Steward Stokes. Editorial Puntángelos, Universidad de Playa Ancha-Universidad de Magallanes. Valparaíso, 2000. 16,5 x 24 cms. 221 páginas. Ilustraciones y mapas. La España imperial tuvo, como bien es sabido, la primacía histórica del descubrimiento y las exploraciones iniciales de las tierras meridionales del continente americano, más acá de la línea meridiana del Tratado de Tordesillas que determinó la separación de las jurisdicciones hispana y lusitana en el nuevo Mundo. Ello le dio un virtual privilegio exclusivo que usó en su beneficio durante poco más de medio siglo a contar del afortunado hallazgo del paso interoceánico por Fernando de Magallanes, en 1520. Tuvo, además, una especial significación geopolítica por cuanto el Mar del Sur fue considerado por la Corona como dominio propio, entendido en el concepto de *mare clausum*.

Esta situación tuvo un imprevisto cambio a partir de 1578 cuando, por vez primera, naves de bandera extraña y enemiga al mando de Francis Drake franquearon el paso magallánico y penetraron en el santuario oceánico hispano para ir a preñar, después, sobre las costas de los reinos americanos del Pacífico.

Advertida del riesgo que para su poder y sus posesiones significaba esa presencia, España intentó conjurar el peligro disponiendo la ocupación del litoral del estrecho de Magallanes y su fortificación para dificultar y prohibir la navegación ajena, esfuerzo que concluyó dramática y trágicamente entre 1584 y 1587 con el fracaso de la expedición pobladora de Pedro Sarmiento de Gamboa.

Esta circunstancia lamentable y otra contemporánea no menos preocupante y dolorosa, como fue el desastroso fin de la poderosa armada con la que Felipe II pretendió doblegar a la Inglaterra isabelina que había surgido como potencia rival, señalaron la inflexión histórica del curso del poderío español en el mundo, que desde entonces comenzó su declinación irreversible. Esa fue la coyuntura favorable que sus enemigos esperaban para abalanzarse sobre el extenso imperio americano en plan inicialmente predatorio y luego posesorio. En uno y otro caso el señuelo fueron las inconmesurables riquezas que del mismo procedían.

Inició la secuencia la Inglaterra emergente de Isabel Tudor y la mantuvo activa casi dos décadas con variada fortuna, pues tanto se registraron incursiones exitosas -la de Drake y la primera de Cavendish en 1587- cuanto desventurados viajes realizados con posterioridad a la misma, hasta las postrimerías del siglo XVI.

Los ingleses se interesaron tempranamente en la parte austral de América, tanto, que se afirma con fundamento que hubo participación financiera privada de ese origen en la expedición de Sebastián Caboto al río de la Plata en 1526. Años después, en 1574, ese sentimiento se hizo explícito al afirmarse por Richard Grenville, consejero de la Reina Isabel, que la Providencia había reservado a su nación la parte meridional del continente. Y en tal predicamento, otro avisado hombre público del reino, Richard Hakluyt, propugnó algunos años más tarde que, se ocupara y fortificara el estrecho de Magallanes como una posesión entendida para servir de base a la penetración inglesa en el Pacífico Sur.

Fueron esas las primeras expresiones de una política inglesa respecto de las tierras y mares australes de América, que fue cobrando énfasis y continuidad a lo largo del tiempo y que se mantendría visible o larvada por los siguientes tres siglos a lo menos. Fruto de la misma, fueron diferentes acciones realizadas durante ese extenso período y que en cierto modo culminaron con la ocupación de las Islas Malvinas, en 1833.

En cuanto a los holandeses, rebeldes contra la Corona Española, su soberana natural por la herencia de los Habsburgo, principalmente por razones religiosas, una vez que resultaron exitosos y conscientes asimismo de su poderío naval y financiero, buscaron tomar parte en la conquista de porciones del gran imperio colonial que incluía, entonces, al antiguo lusitano transitoriamente bajo control hispano, y así emprendieron acciones para apoderarse de territorios en las Indias Orientales: las riquísimas islas de la Especiería

y en América. Ello los condujo a navegar por todos los mares y a incursionar, con variada fortuna, por las aguas del meridión del nuevo Mundo como parte de una atrevida política de expansión colonial y mercantil.

Estos acontecimientos han permitido configurar un interesante capítulo de la historia sudamericana -chilena en especial- entre los siglos XVI y XIX como es la del doble intento inglés y holandés para poner en jaque al poderío español, particularmente en el Pacífico suroccidental y, específicamente, en el Reino de Chile, tenido otrora como un territorio riquísimo, tanto o más que el fabuloso Perú. Aquí es donde cobran relieve episodios tales como la ocupación holandesa de Valdivia y la pretensión semejante que parece haber tenido Inglaterra, con la expedición de John Narborough, ambos sucesos acaecidos entre las décadas quinta y séptima del siglo XVII. Estos aspectos han sido tratados con gran erudición y propiedad en distintos estudios y artículos por el profesor Hamish Stewart Stokes, evidentemente un riguroso especialista en el tema, varios de ellos realizados con la colaboración del profesor Claudio Cabello Pizarro, y que han sido publicados en distintas revistas nacionales de la especialidad histórica.

Ahora se los ha reunido en un solo volumen con el fin de presentar una visión unificadora y coherente en la materia. Así, en verdad, resulta más fácil seguir y comprender el interés sostenido de Gran Bretaña y Holanda por las tierras y mares australes, en particular el de aquella potencia marítima, y la forma en que el mismo se manifestó a través de las opiniones de sus hombres de Estado, de las correspondientes expediciones, de sus resultados inmediatos y de las consecuencias en el largo plazo.

Debe valorarse así esta publicación integrada como un contribución singular y útil para el mejor conocimiento de los hechos de nuestro pasado durante los siglos XVI al XIX y, en particular, sobre la "historia secreta" de las motivaciones que inspiraron las acciones extrañas contra la unidad, estabilidad y tranquilidad del Imperio Español en América.

Mateo Martinic B.

PATAGONIA MÁGICA. EL VIAJE DEL TATA GUILLERMO. Por Pablo Huneeus. Editora Nueva Generación. Santiago, 2000. 18 x 12,7 cms. 423 páginas. Ilustraciones y mapas. Bajo un título que de primera poco sugiere, el conocido autor

entrega, en segunda edición, la relación del viaje que su bisabuelo Guillermo E. Cox emprendiera por las regiones septentrionales de la Patagonia -por el "País de las Manzanas"- entre fines de 1862 y marzo de 1863. La edición original vio la luz durante el mismo año 1863 en los *Anales de la Universidad de Chile* y posteriormente en forma de libro, que desde hace largo tiempo ha conformado una rareza bibliográfica. Se trata de la crónica diaria de una expedición exploratoria singular emprendida por Cox en el contexto comprensivo de la existencia de un Chile ultraandino u oriental, tal y como lo describiera magistralmente en años precedentes Vicente Pérez Rosales en su obra *Ensayo sobre Chile*.

Guillermo Eloy Cox Bustillos fue el hijo mayor de la familia fundada en 1820 por el médico inglés Nathan Cox con la dama chilena Javiera Bustillos. Aquel arribado a Chile en 1814, se prendó del país, adhirió a la causa independentista a la que prestó servicios como médico del Ejército Libertador, fue amigo de don Bernardo O'Higgins y con los años ganó un bien merecido prestigio académico y social por su competencia profesional y su don de gentes. Sus hijos, y en lo que interesa el mayor, recibieron la mejor educación que pudo darse en los años iniciales de la República. Alumno del Instituto Nacional, adquirió una sólida formación humanística y científica, amén de una buena cultura como se aprecia claramente de la lectura del diario de su viaje patagónico (en el que son frecuentes sus referencias a Chateaubriand, Molière, Virgilio y otros autores clásicos y modernos). Poseía conocimientos apreciables sobre navegación y sobre música, arte este que practicaba al parecer pasablemente, y hablaba a lo menos dos idiomas, el castellano y el inglés. Por su cultura e instrucción, por su amplitud de miras y por su espíritu comprensivo y tolerante, no poco de lo cual hubo de heredarlo de su ilustre progenitor, Guillermo E. Cox fue sin duda un chileno de excepción, de aquellos contados que, a la manera de Pérez Rosales al que en mucho se asemejaba en su espíritu aventurero, pudieron poseer una comprensión cabal sobre la magnitud y posibilidades de desarrollo del país chileno, diferente a la que entonces poseía la generalidad de la intelectualidad nacional.

Es posible que su innata inclinación por la aventura y su afán por incrementar su conocimiento le llevara tempranamente a interesarse por los territorios australes del país, en particular por aquellos de Valdivia, Llanquihue y Chiloé que conoció a través de sus actividades y viajes comerciales, y, por extensión, por las regiones de ultracordillera

que conformaban una suerte de *hinterland* o *tierra* territorial de aquellos, vinculadas como estaban además unas y otros a través de una larga y sostenida relación que se remontaba al principio de la conquista española.

Así Cox no tardó en recoger entre los lugareños, en especial en Puerto Montt, el recuerdo que se mantenía sobre las memorables expediciones de fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi durante los años finales del siglo XVIII, en la búsqueda de rastros de la misión establecida por los jesuitas de Castro a mediados del siglo anterior. Inclusive pudo conocer y tratar a un tal Olavarría, que había sido compañero de viaje del franciscano. Estos antecedentes los completó con la lectura del manuscrito descriptivo de los viajes del religioso explorador, así como de a lo menos otras dos importantes fuentes. Una, la obra del jesuita inglés Thomas Falkner, *Descripción de la Patagonia* (1774) y otra, la relación del viaje emprendido por el marino español Basilio Villarino en 1782 y 1783 remontando el extenso río Negro desde su desembocadura en el Atlántico hasta cerca de una de sus fuentes en la precordillera de Neuquén. Inclusive alcanzó en época indeterminada, posiblemente hacia 1860, hasta la Colonia de Magallanes (Punta Arenas), cuyos alrededores recorrió llegando hasta Cabeza del Mar, dominio de la parcialidad aborígen mestiza guaicurú.

Ese acervo de conocimientos históricos y geográficos, y su deseo de explorar territorios desconocidos, llevó a Cox a plantear una expedición que pretendía unir por tierra y por las vías lacustre y fluvial la costa de Reloncaví, en el Pacífico, con la costa atlántica a la vera del pueblo de Carmen de Patagones, mil y tantos kilómetros hacia el oriente, con el propósito de verificar la posibilidad ulterior de un movimiento mercantil entre ambos litorales oceánicos de Chile y la ocupación colonizadora del vasto territorio intermedio. Así lo explica en la parte inicial de su relación: *...los relatos más o menos coincidentes de las personas que trafican en maderas en la tierra firme de la provincia de Chiloé, de los cuales se deduce la existencia de hondos boquetes en la cordillera, que facilitan sin ascenso el paso, tanto a las Provincias Argentinas como a la parte de Chile ultramontana, conocida hasta ahora con el nombre de Chile oriental o Patagonia; me hicieron concebir la esperanza de que una prolija exploración en aquellos desconocidos lugares, pudiera dar talvez por resultado palpables beneficios al comercio y a la ciencia* (págs. 55-56). Al proyecto, además de esta importancia, le atribuía otra de carácter *humanitario, por cuanto conduce*

a facilitar la colonización de aquellas regiones, haciendo afluir a ellas los brazos y las capacidades de que tanto necesitan para su futura importancia... (pág. 92).

Así y luego de un fallido intento emprendido en fecha indeterminada que no lo llevó mucho más allá de la costa oriental del lago Llanquihue, contando con la autorización del Gobierno Chileno y habiendo comprometido su colaboración con el ilustre naturalista Rodolfo A. Philippi, preparó cuidadosamente una segunda expedición, considerando la experiencia previa, los consejos de gente conocedora de los territorios andinos a cruzar y las eventualidades del largo trayecto lacustre y fluvial. Bien provisto de alimentos y recursos, de equipo variado, y acompañado de Enrique Lenglier, un francés amante de aventuras, de Vicente Gómez, capataz y baqueano experto, y de un grupo de peones, partió desde Puerto Montt el 7 de diciembre de 1862, teniendo como primer destino la costa del lago Llanquihue, en el punto donde por entonces se insinuaba el futuro Puerto Varas, para seguir desde allí al oriente. No es nuestro propósito, ni corresponde, hacer una descripción pormenorizada, que para eso está la interesantísima y amena relación de Cox. Basta decir, en síntesis, que este y sus seis compañeros (Lenglier, el carpintero Mancilla y los remeros José Díaz, Juan Soto, Septimio Vera y Antonio Muñoz), pues el resto retornaría a Puerto Montt desde Puerto Blest (Nahuel Huapi), navegaron el Llanquihue, cruzaron la faja interlacustre hasta el Todos los Santos, que navegaron hasta Peulla; desde allí remontaron los Andes que cruzaron felizmente siguiendo el boquete descubierto y practicado por otros viajeros procedentes de Chile occidental y alcanzaron hasta Puerto Blest en la margen occidental del Nahuel Huapi. Navegaron este gran lago haciendo reiterada memoria de las andanzas y afanes misionales de los heroicos y apostólicos jesuitas de Chiloé, encontrando inclusive el paraje donde estuvo emplazada la misión famosa (Tucamalal o Tecumalal), hasta el nacimiento de su desagüe, el río Limay. Descendieron por este curso y cuando se aproximaban a su confluencia con el gran río Negro el bote que conducía a los expedicionarios rozó con unas piedras y se dio vuelta (7-I-1863). Este inesperado cuanto lamentable siniestro dio al traste con el proyecto de Cox, pues alcanzada la orilla y recuperados apenas algunos efectos no quedó más alternativa que encontrar alguna *toldería* indígena para obtener algún auxilio y decidir sobre el futuro de la aventura.

En esa comarca, como en todo el territo-

rio oriental subandino, habitaban varias parcialidades de pehuenches y huilliches entremezcladas, conocidas genéricamente como “manzaneros”, denominación esta a su vez derivada de la abundancia de estos árboles frutales introducida por misioneros jesuitas y asilvestrados. Se inició entonces una fase crítica para los viajeros que quedaron a merced de los cambiantes humores y celos de los desconfiados indígenas, el primero de los cuales, el cacique Paillacán, hizo ver de inmediato su oposición a la prosecución del viaje río Negro abajo. Pasando de tolería en tolería y confiando en la palabra de algunos indios amigos, Cox determinó repasar la cordillera a la altura de Valdivia con el fin de reorganizar la expedición y, especialmente, para ir a buscar artículos con qué conseguir la buena voluntad de los aborígenes. Así lo hizo, yendo y volviendo, aunque al fin infructuosamente pues no pudo obtener la ansiada autorización para seguir hasta Carmen de Patagones, decidiendo finalmente el retorno a Valdivia, ciudad a donde los expedicionarios llegaron felizmente el 25 de marzo de 1863. Sumando las diferentes travesías Cox superó los mil kilómetros de recorrido, mayormente por suelo subandino oriental chileno. Las noticias de su viaje, no obstante que fallido en su objetivo principal, trascendieron rápidamente (en 1864 se publicó una reseña del mismo en el *Journal of the Royal Geographical Society* de Londres). Del mismo se enteraron así el marino y explorador inglés George Ch. Musters, quien en 1869-70 realizó su memorable viaje transpatagónico desde Punta Arenas hasta Carmen de Patagones, y el joven argentino Francisco P. Moreno, que años después, en 1876, protagonizaría una aventura parecida en la misma región, iniciando con ella sus famosas exploraciones por la Patagonia oriental.

Tal la síntesis del famoso recorrido de Guillermo Cox y compañeros según el contenido del diario de viaje, que en relación interesante y amena dio a conocer en los *Anales de la Universidad de Chile* y en publicación independiente. El mismo se complementa con informaciones históricas sobre las expediciones anteriores, desde el siglo XVII en adelante, en la región noroccidental de Chile moderno o Patagonia. La relación propiamente tal abunda en descripciones geográficas, referencias naturalistas e incluye consideraciones sobre la colonización alemana de Llanquihue y, especialmente, descripciones magistrales sobre la vida y costumbres de los indígenas de ultracordillera, aspecto etnográfico en lo que Cox ciertamente fue un calificado y veraz precursor de Musters y de Moreno, cuyas opiniones han sido y son tan consi-

deradas en la literatura científica patagónica. En el preámbulo de su diario Cox hace referencia a una parte conclusiva *sobre el proyecto que ha dado origen a este viaje* (pág. 58), pero que, no obstante no llegó a redactar. El porqué de tal omisión es difícil de entender.

Quizá -hilando muy fino- porque comprendiera que al fin su esfuerzo y el riesgo corrido no tenían sentido práctico, desde que en Chile -léase en Santiago- los políticos y los intelectuales (y los empresarios) eran gente de “vista corta” respecto de los territorios meridionales (suerte de patio trasero de la República) y en los que señoreaban todavía los mapuches (¡malhaya estos aborígenes!), y qué decir de los de ultracordillera, respecto de los cuales poquísimos tenían noción de pertenencia chilena. Cuando, no obstante la cortedad de miras, la vista podía seralzada, los ojos de la dirigencia política y económica metropolitana se dirigían hacia el norte minero (aún más allá de las fronteras nacionales de entonces). Allí estaba el espejismo que comenzaba a atraer mentes, esfuerzos y recursos, y que marcaría a poco andar el curso de la historia de Chile. Por el sur, el extremo sur, y por los territorios orientales ultraandinos, poquísimos entonces -Cox entre ellos- se interesarían, configurándose asimismo uno de los momentos más lamentables de la vida chilena en tanto que comprometería grave e irremediamente su futuro como una gran nación, al no recoger y administrar apropiadamente la antigua herencia patrimonial hispana.

Recomendamos calurosamente la lectura de esta obra -que Pablo Huneeus complementa y enriquece con antecedentes históricos familiares-, por su enjundioso contenido, rico, ameno, instructivo y tan “chileno” además, tanto que, con razón, llamó la atención de Pablo Neruda al punto que quiso reeditar la relación de Cox. Es un libro que no sólo enseña y entretiene, sino que resulta estimulante, aunque también lleva inevitablemente a evocar con dolorosa nostalgia a un Chile que pudo ser y que no fue.

Mateo Martinic B.

ARQUITECTURA EN PUNTA ARENAS, PRIMERAS EDIFICACIONES EN LADRILLOS 1892-1935. Por Dante Baeriswyl Rada. Edición del autor, Punta Arenas, 2001. 24 x 24 cms. Ilustraciones y planos. Al promediar la década final del siglo XIX, Punta Arenas, entonces una aldea que

mutaba a ciudad en forma, iniciaba de tal manera un prolongado lapso de cuatro décadas que señalaría de modo determinante su historia urbana.

Ello era y sería la consecuencia de un fenómeno precedente y que seguiría en paralelo con tal evolución a lo menos por unos cinco lustros, en cuya virtud la pujanza, laboriosidad y creatividad de muchos pioneros, habían hecho y harían posible el surgimiento y desarrollo de diversas actividades económicas, sobre cuya base se originó y cobró forma la estructura productiva del vasto Territorio de Magallanes.

La introducción a la ganadería ovina, a fines de los años 1870, para poblar con ella los campos vírgenes de la vasta zona esteparia oriental, había sido la causa inmediata y directa del fenómeno económico, que en su desenvolvimiento había originado o dado cabida y propio desarrollo a otros rubros tales como el comercio, la navegación, la explotación forestal y algunas artesanías y pequeñas industrias. Luego, durante los años 80 y el comienzo de los 90, y en tanto aquella actividad principal cobraba un sorprendente y rápido crecimiento expansivo, se sumaron otros ramos productivos como la minería aurífera y la caza de animales de piel fina que contribuyeron a estimular el desarrollo económico general.

De esa manera, para la época primeramente mencionada Punta Arenas, que era el único centro de vida civilizada en el enorme territorio meridional de América y, además, el único puerto de entrada para los bienes que procedían de ultramar y de salida al mundo para los frutos del esfuerzo productivo, había comenzado a recibir los beneficios crecidos y multiplicados del proceso colonizador. Ello se manifestó con la instalación de diferentes servicios y de autoridades, de adelantos modernos varios que mejoraron la calidad de vida de sus habitantes y, especialmente, en la mejoría evidente de sus edificaciones urbanas.

Los hombres de empresa responsables de tal fenómeno -genuinamente pioneros- buscaron satisfacer primero sus propios requerimientos y necesidades de habitación cómoda y las de funcionamiento adecuado de sus diferentes actividades, invirtiendo en ello cuantiosos recursos, lo que permitió, en segundo término, el progresivo perfilamiento urbanístico con características de calidad en lo tocante a diseño arquitectónico y de permanencia en las obras: a la participación de profesionales, maestros, oficiales y artesanos expertos en diversas artes del ramo inmobiliario, y al empleo de materiales nobles y duraderos en la construcción. Todo ello inspirado, va de suyo, en un

sentimiento profundo de gratitud para con el poblado que un día los acogiera generoso y les brindara la oportunidad de alcanzar la prosperidad. Tal gratitud, entonces, debía manifestarse en obras materiales que dieran lucimiento a su conjunto edificado.

Así, paulatinamente, Punta Arenas -en rigor ya no sólo ciudad principal, sino también capital social y económica de la Patagonia austral- fue dejando atrás sus formas edificadas rústicas y modestas propias de un tiempo ya superado, y reemplazándolas con construcciones de jerarquía -algunas espléndidas para el medio- que respondían arquitectónicamente a los estilos en boga en Europa, particularmente en Francia, y cuyo conjunto a poco andar fue dando un carácter distintivo a la presentación y evolución urbanas.

Con el transcurso del tiempo, a la vuelta de un siglo, el fruto material edificado de ese interesante y aleccionador proceso, ha devenido con sobrada razón un acervo patrimonial histórico que da cuenta de lo que fuera la vida, la economía y la cultura de una época que hemos calificado en nuestra obra historiográfica como "la edad de oro" del desarrollo magallánico. Ese patrimonio, antaño causa de asombro y legítimo orgullo, es ogaño una razón de admiración que lleva a informarse sobre las causas y circunstancias del fenómeno que lo originara, y que mueve a redoblar las medidas para su protección y conservación, en tanto que y más allá de su valor intrínseco, refleja un tiempo que merece ser permanentemente recordado.

Valorizando tanto la riqueza histórica y cultural de este acervo urbano, como buscando contribuir a su debida comprensión por propios y extraños, el arquitecto Dante Baeriswyl Rada ha calificado su ejercicio profesional complementándolo con una dedicación investigadora y de explicación técnica de las distintas expresiones arquitectónicas de Punta Arenas, que ciertamente constituye un empeño loable.

Su interés data de años de preocupación y ha permitido conocer diferentes aportes y estudios especializados, de los cuales el más reciente era *Arquitectura en Punta Arenas en el inicio del Modernismo*, interesante trabajo en el que aborda las características y manifestaciones de ese estilo arquitectónico que se originó en Europa después de la Primera Guerra Mundial y que se naturalizó entre nosotros hacia fines de los años 30 y con vigencia hasta mediados de los 50.

Ahora nos sorprende con *ARQUITECTURA EN PUNTA ARENAS, PRIMERAS EDIFICA-*

CIONES EN LADRILLOS 1892-1935, que es una obra en que se tratan y consideran los estilos que precedieron cronológicamente a aquella tendencia y que se expresaron materialmente en edificaciones propias del período dorado de marras. Gratamente, además, porque tal consideración se hacía sentir como la necesidad para nutrir y completar a satisfacción la información histórica sobre un lapso determinante del acontecer urbano de Punta Arenas.

Se entregan así antecedentes novedosos y de real interés sobre la fabricación y uso de materiales esenciales como son los ladrillos y sobre el empleo de técnicas de construcción; como sobre los primeros arquitectos y diseñadores profesionales, sobre los maestros mayores y menores de obras, y sobre los artesanos y albañiles que introdujeron y cultivaron magistralmente sus artes y habilidades, del mismo modo que se abordan las formas y elementos técnicos y artísticos caracterizadores de la

multifacética actividad constructiva. Sigue una segunda parte en la que se entrega un inventario exhaustivo del conjunto edificado que ha permanecido hasta el presente y que como tal integra el patrimonio histórico cultural de la época dorada de Punta Arenas. Disponemos así, a partir de ahora, de una pequeña pero suficiente historia especializada sobre la edificación urbana destinada a perdurar: la construída con mampostería de ladrillo y cemento.

Debe celebrarse y agradecerse este doble esfuerzo intelectual y técnico de Dante Baeriswyl Rada, que es una nueva contribución de su talento para el mejor conocimiento de las características de un pasado urbano, al que cada vez con mayor razón consideramos con interés como un tiempo que, bajo distintos respectos, fuera verdaderamente paradigmático.

Mateo Martinic B.